

TENDENCIAS
Revista de la Facultad de Ciencias
Económicas y Administrativas.
Vol. III. No.1
Julio de 2002, páginas 43-62
Universidad de Nariño

**LA CRISIS DE VISION EN EL PENSAMIENTO ECONÓMICO
MODERNO**

Julián Sabogal Tamayo*

RESUMEN

Se analiza el libro (con el mismo nombre del título de este artículo) de los economistas norteamericanos Robert Heilbroner y William Milberg, el cual se propone mostrar el carácter de la crisis actual de la ciencia económica. Entre los objetivos se plantea definir el problema formulado en la obra, explicar el concepto de situación clásica (a partir de la misma), analizar el contenido de la crisis actual de la teoría económica y exponer la alternativa de nueva situación clásica.

PALABRAS CLAVE: economía, pensamiento económico, crisis, situación clásica.

INTRODUCCIÓN

Con este título apareció recientemente un libro del economista norteamericano Robert Heilbroner, escrito en compañía de William Milberg. Heilbroner es uno de los economistas más importantes de la segunda mitad del siglo XX, la única razón para que sea poco conocido en los programas de Economía de nuestro país es, sin duda, el hecho de que no sea un economista ortodoxo; él es uno de esos pensadores que jamás obtendrán un Premio Nobel. A principios de la década de los años cincuenta este autor escribió una de las obras más importantes de la Historia del Pensamiento Económico,

* Director del Sistema de Investigaciones de la Universidad de Nariño, Profesor Titular del Departamento de Economía, de la misma Universidad.

titulada *Vida y doctrina de los grandes economistas*, cuyo mérito principal, además de su indudable valor pedagógico, consiste en haber incluido entre los grandes a muchos economistas que los ortodoxos no suelen mencionar, entre ellos Robert Owen, Charles Fourier, Saint-Simon, Carlos Marx y Thorstein Veblen. Después de este libro temprano siguieron otros treinta, relacionados con problemas económicos y sociales; actualmente Heilbroner es profesor Emérito de la *New School for Social Research* de Nueva York.

Si bien los mismos autores nos dicen que su obra se refiere fundamentalmente al pensamiento económico norteamericano, y tal vez se pueda extender a los economistas de habla inglesa, sería bueno que los economistas colombianos recordemos aquello de que *de te fabula narratur*. Por esta razón he querido escribir el presente artículo, con el fin de poner al alcance de los estudiantes de ciencias económicas de la Universidad de Nariño y, en general, de las universidades colombianas, los interesantes razonamientos de Heilbroner y Milberg.

La preocupación principal de los autores en esta obra es dilucidar las tendencias de la ciencia económica, a partir de la década de los años setenta del siglo XX, así como las razones que alimentan dichas tendencias. Todos los que estamos familiarizados con la historia del Pensamiento Económico hemos podido notar que a determinadas etapas de la historia les corresponde alguna escuela de la ciencia económica. Hacia mediados del siglo XIX es claro el dominio de la escuela Clásica; al final del siglo XIX e inicios del XX, es evidente la preponderancia de la escuela Neoclásica y en la segunda postguerra nadie duda de que la escuela del momento es la Keynesiana; pero en los últimos tiempos, aproximadamente siete lustros, no existe una escuela económica identificable. Una de las razones fundamentales para que esto suceda está en el alejamiento de la ciencia económica contemporánea, con respecto a la realidad económica:

“El signo de la economía de nuestros días es su extraordinaria indiferencia en relación a este problema. En sus momentos álgidos, la “fuerte teorización” del presente periodo alcanza un grado de irrealidad que solo se puede comparar con la escolástica medieval” (HEILBRONER y MILBERG, 1998:18).

La ciencia económica debe tener, según los autores, dos componentes: el análisis y la visión. Pero la teoría actual se ha concentrado exclusivamente en aquel. Esto la ha llevado a que se logren construcciones teóricas cada vez más perfectas y, desafortunadamente, cada vez más alejadas de la realidad. En otras palabras, tenemos una ciencia económica con perfecta elegancia en su exposición, pero impotente frente a los problemas económicos.

EL PROBLEMA PLANTEADO EN LA OBRA

Veamos con algún detalle los conceptos de análisis y de visión. El autor los define de la manera siguiente:

“Por análisis entendemos el proceso de deducir las consecuencias partiendo de las condiciones iniciales de prestar atención escrupulosamente a las cadenas de razonamiento...Por visión entendemos los temores y esperanzas políticas, los estereotipos sociales y los juicios de valor ... que impregnan todo pensamiento social, no mediante su entrada clandestina en el que de otro modo sería un ámbito prístino, sino como necesidades psicológicas o quizás existenciales. La visión y el análisis juntos forman el fundamento de todo lo que creemos conocer..” (HEILBRONER y MILBERG, 1998: 18-19).

La visión es un punto de partida, un sustento del análisis; se trata de una posición pre-analítica que se fundamenta en criterios sociopolíticos. Para apoyarnos en un ejemplo, remitámonos a la visión de Carlos Marx. Toda su Economía Política se levantaba sobre un supuesto sociológico y político, si se quiere utópico, consistente en la fatalidad de la crisis del sistema capitalista que lo llevaría a su fin ineluctable. Con esta visión, sus seguidores pueden convertir el análisis de la Economía Política en una herramienta para la acción política.

Una gran dificultad de la economía moderna para anclarse en una visión sociopolítica consiste en sus pretensiones científicas, y su comprensión de que científicos son únicamente aquellos procesos analíticos que se someten al método propio de las ciencias naturales. Por supuesto que una ciencia

económica emparentada con la Física teórica, poco o nada tiene que ver con los problemas económicos de la realidad social, cuyo conocimiento debe apoyarse también en la sociología, la historia y la política. Para ilustrar lo que estamos diciendo, tomemos una cita de un texto de microeconomía moderna, donde se afirma que “lo que la mayoría de los economistas clasificarían como problemas no económicos son precisamente los problemas que no se pueden analizar con el paradigma marginalista”(HEILBRONER y MILBERG, 1998: 21-22). Es decir, que no importan los problemas de la vida económica en sí mismos, sino solamente aquellos que pueden ser abordados con un método preestablecido. El orden de las prioridades aparece invertido; no se buscan los lentes que mejor permitan ver la realidad, sino que solo se toman aquellas partes de la realidad que sean visibles con los lentes que poseemos. Cualquier persona, que no sea un economista moderno, pensaría en sentido contrario, que los economistas deberían considerar como sus problemas los de la economía real y aplicar en su análisis el método que mejor se adecúe a las posibilidades de su conocimiento. Con razón dicen Heilbroner y Milberg que semejante manera de entender los problemas de la economía habría sido envidiado por el propio Procusto*. En todo caso, el que la economía moderna no responda a los requerimientos propios de cualquier ciencia social no deja de ser un *impasse*, el cual tiene su causa fundamental, según estos autores, en la crisis de la visión preteórica.

A través de la historia del Pensamiento Económico, ha habido momentos en los que la discusión de las distintas posiciones parece amainar y se presenta una especie de consenso entre los principales representantes de esta ciencia. Estos momentos fueron denominados por el economista austriaco Joseph A. Schumpeter como *situaciones clásicas*, denominación aceptada por los autores de la obra en cuestión. Schumpeter define la situación clásica como

“..el logro de un acuerdo sustancial tras una larga y controvertida lucha: la consolidación del renovado y original trabajo anterior”¹.

* Como se recordará, Procusto era un personaje de la Mitología Griega. Se trataba de un bandido, que asaltaba a los caminantes y, después de haberles robado sus pertenencias, los acostaba en un lecho que poseía y los hacía coincidir con el mismo; a quien fuera más corto lo estiraba y al más largo lo cercenaba.

¹ Citado por Heilbroner (HEILBRONER y MILBERG, 1998: 28-29).

Una situación clásica consiste en un punto de llegada o resultado de la controversia, donde se crea un consenso sobre una visión social, política y valorativa y su correspondiente método de análisis. Lo característico de una situación clásica es un alto grado de complacencia con los conocimientos dominantes. Después de la segunda guerra mundial, cuando se posesiona la situación clásica keynesiana,

“..la visión que prevalecía era la de que la teoría económica estaba ahora completa y solo necesitaba una comprobación económica” (HEILBRONER y MILBERG, 1998: 68).

De la misma manera, Alfred Marshall, en la situación clásica de los neoclásicos, como recuerda Schumpeter, sostuvo

“..que el análisis “de los clásicos” ingleses necesitaba una interpretación correctiva en algunos de sus aspectos, pero que no había fundamentalmente nada erróneo en él” (SHUMPETER, 1975: 143).

Y, el mismo tono se puede sentir a mediados del siglo XIX, en la situación clásica de la escuela Clásica, cuando Jonh Stuart Mill afirmaba lo siguiente:

“Afortunadamente no queda nada que aclarar en las leyes del valor [1848], ni para los escritores actuales ni para los del porvenir: la teoría está completa; la única dificultad a vencer es la de exponerla en forma tal que se resuelvan por anticipado las dudas más importantes que se presentan al aplicarla, y para conseguirlo es inevitable cierta minuciosidad en la exposición y una gran paciencia en el lector” (MILL, 1978: 386).

Una situación clásica entra en crisis cuando grupos nuevos de científicos proponen alternativas distintas, bien sea de visión o de análisis; pero la caída de una situación clásica hace presencia, fundamentalmente, cuando surgen

“..disonancias entre la “visión” del mundo económico y su funcionamiento inmediato... y la teoría conserva su fuerza sobre nuestros intelectos mientras su visión subyacente siga movilizándonos nuestras simpatías morales” (HEILBRONER y MILBERG, 1998: 40, 69).

LAS SITUACIONES CLÁSICAS Y SUS CARACTERÍSTICAS

A mediados del siglo XIX tiene lugar una situación clásica, después de un largo periodo de surgimiento, desarrollo y controversia de los economistas clásicos. Los principales representantes de este periodo pueden ser Adam Smith, David Ricardo y James Mill, cuya síntesis se encuentra en el hijo de éste, Jonh Stuart Mill. Este economista, como ya vimos, consideró cerrada la discusión sobre los problemas económicos fundamentales. Él, con su obra, en consecuencia, no se propone aportar nada nuevo, sino actualizar algunos aspectos particulares de la vida económica. Ya en el prefacio a su obra económica más importante, es explícita esta intención. Allí se afirma:

“El que esto escribe opina que en la actualidad la economía política precisa una obra semejante en sus objetivos y en su concepción general a la de Adam Smith, pero adaptada a los conocimientos más extensos e ideas más adelantadas de la época actual” (MILL, 1978: 25).

Para caracterizar la visión de esta *situación clásica* de Mill, podemos decir que la misma cuenta con dos componentes fundamentales: la aceptación del *laissez faire* como la mejor forma de funcionamiento del sistema económico, y la división de la sociedad en clases. Primero fue Adam Smith, quien afirmó:

“En toda sociedad, pues, el precio de las cosas se resuelve por último análisis en una u otra de estas partes, o en las tres a un tiempo, y todas tres entran en la composición de aquel precio con más o menos ventajas, o con más o menos parte en él, según los progresos o adelantos de la sociedad” (SMITH, 1985: Tomo 8, 97).

Al dividir el precio en salario ganancia y renta, Smith estaba de hecho suponiendo la existencia de tres clases sociales: trabajadores, capitalistas y terratenientes. David Ricardo no solamente acepta esta división sino que se propone demostrar que las ganancias del capital y los salarios del trabajo constituyen una proporción inversa; no es posible aumentar ganancias sino a costa de una baja de salarios y viceversa. Es esta, a propósito, la razón para

que algunos historiadores consideren a Ricardo como el pionero de la teoría de la lucha de clases. Es evidente que tanto la libre competencia, como la división de la sociedad en clases, son supuestos pre-analíticos: son componentes de la visión.

En esta situación clásica, John Stuart Mill era algo así como el portador de la verdad compartida. Solo un economista de aquel momento, de nombre Carlos Marx, se declaraba especialmente descontento con los planteamientos de Mill. Él decía:

“Por consiguiente, para defender a Ricardo, J. St. Mill renuncia a lo que constituye el principio fundamental de su teoría y desciende muy por debajo de Ricardo, de Adam Smith y de los propios fisiócratas. Abandona el principio esencial: el de que la ganancia es, simplemente, parte integrante del valor, o sea del tiempo de trabajo materializado en la mercancía, parte que el capitalista vende para hacer efectiva su ganancia, sin habérsela pagado al obrero” (MARX, 1965: Tomo II, 221).

La situación clásica no es necesariamente una cima en el camino de la teoría económica. Es perfectamente posible que en la búsqueda de consenso, en la creación de una situación clásica, los principios fundamentales sean desnaturalizados o, al menos, debilitados en sus aspectos esenciales. Pero las opiniones de Marx tienen poca importancia, en este caso, porque él no forma parte del grupo de economistas cuyas opiniones son tenidas en cuenta por la autoridad académica; la opinión de Carlos Marx no cuenta con fuerza en el pensamiento “oficial”, como para descomponer la situación clásica. Cuando se habla de consenso, se tiene en cuenta el acuerdo entre los científicos que cuentan con la autoridad formal, en un momento dado.

En la década de los años setenta del siglo XIX comienza una nueva revolución en el pensamiento económico, con el nacimiento del pensamiento neoclásico, que pone fin a la paz teórica de la situación clásica existente. Esta revolución plantea un nuevo paradigma en el análisis y empieza a construir una nueva visión.

La nueva visión deja de lado la importancia de las clases sociales para pasar a dar toda la importancia al individuo, negando incluso la existencia de dichas clases. Sobre las causas de este viraje en la visión hay mucha discusión. Los propios Heilbroner y Milberg atribuyen el cambio a una nueva “visión democrática”, que traslada el individuo al sitio de honor; los marxistas, por su parte, opinan que se trató simplemente de un viraje hacia un pensamiento apologético del capital, que quiere dar la apariencia de igualdad entre todos los individuos frente al mercado. Sea cual sea la razón, el hecho es que con los Neoclásicos las clases sociales desaparecen de la visión de la ciencia económica. En el aspecto analítico, la teoría del valor trabajo, componente esencial del análisis clásico, no responde a la nueva concepción social y política y, en consecuencia:

“..ante una visión de la economía como el lugar de interacción de actores dispares –individuos y empresas-,...surge una concentración analítica en las fuerzas que determinan las ganancias de dichos actores, individual o colectivamente” (HEILBRONER y MILBERG, 1998: 41).

Esta es una época en la cual ciencias naturales como la Física teórica y la Biología están en un gran auge, lo que jugó un papel decisivo para que sus métodos fueran trasladados a la economía y se instituyeran las pretensiones científicas de ésta. Los métodos de las ciencias naturales no se prestan para la interpretación de procesos sociales, pero sí para análisis microeconómicos, propios de la teoría neoclásica. La ciencia económica, en ese momento, pierde su condición de “Economía Política”, propia de los Clásicos, para transformarse en simple “Economía”, como si se tratara de una ciencia “natural” más.

Alfred Marshall, a finales del siglo XIX, alcanza el consenso alrededor de la visión marginalista de la Escuela Neoclásica para constituir una nueva situación clásica.

“En el periodo en el que surgió la visión marginalista como punto de vista consensuado, fue el enfoque marshalliano el que consiguió la aceptación popular y académica” (HEILBRONER y MILBERG, 1998: 48).

Esta situación clásica mantiene su reinado hasta el ingreso de John M. Keynes en el panorama del Pensamiento Económico. El primer indicio de que el consenso neoclásico empezaba a averiarse lo constituye la depresión económica, que tuvo lugar fundamentalmente entre los años 1929 y 1933. Esta depresión planteó preguntas, frente a las cuales el análisis neoclásico se mostró impotente. La nueva realidad económica puso sobre el tapete una

“..serie de preguntas, cuyas respuestas, como escribió el mismo Keynes, ‘simplemente desconocemos’ ” (HEILBRONER y MILBERG, 1998: 62).

Los problemas nuevos de la década de los años treinta simplemente no cabían en los marcos neoclásicos, ni encontraban espacio en su visión, ni podían ser atacados con sus herramientas de análisis.

“Los problemas keynesianos de equilibrio del desempleo, trampas de liquidez, multiplicadores y similares no se “eluden” en los mundos marshallianos o walrasianos. Ahí simplemente no existen, puesto que la base preanalítica para su comprensión todavía no existe. El comportamiento del mercado existe como algo dado, no como variable dependiente” (HEILBRONER y MILBERG, 1998: 60-61).

“No importa el grado en que abramos las lentes marshallianas, el problema de establecer el volumen de producto añadido queda desenfocado” (HEILBRONER y MILBERG, 1998: 58).

La pregunta sobre la demanda efectiva, cuya insuficiencia causó la crisis, según Keynes, no había tenido lugar en la situación clásica anterior. Nace una visión inédita, que da un giro espectacular al pasar de una concepción basada en el individuo a otra basada en los grupos, y categorías nuevas como la incertidumbre hacen presencia, con lo cual, por supuesto, la cientificidad neoclásica, entiéndase el uso de los métodos de las ciencias naturales, se revela demasiado estrecha. Esta nueva situación es resumida de la siguiente manera:

“La “amplitud” del mercado, o sea, la demanda agregada de beneficios, se convierte en la fuerza conductora, no las raretés; y la demanda añadida es menos proclive a ajustarse a la representación teórica que la (idealizada) demanda individual.

Por tanto, el comportamiento económico se vuelve menos determinado desde un punto de vista analítico, con lo que las explicaciones económicas se ven despojadas de su apariencia “científica” (HEILBRONER y MILBERG, 1998: 55).

“Al mismo tiempo, el cambio de maximización de beneficios a motivos menos claramente especificables introduce otro elemento en la visión del comportamiento totalmente ausente en los marshallianos. Se trata de la incertidumbre” (HEILBRONER y MILBERG, 1998: 56).

De esta manera, Keynes rompe con una ciencia económica basada en leyes naturales, para pasar a conceptos como la incertidumbre y los *espíritus animales*, que permiten decisiones irracionales en los mercados de capitales. De la misma manera, las decisiones de acumulación pueden tener un contenido más social que natural, como puede verse en la obra keynesiana de Joan Robinson. La economía, con estos nuevos planteamientos, se aleja de la naturaleza y se acerca a la sociedad y la historia y le da oportunidad a la voluntad humana, por medio del gobierno como un actor fundamental. La presencia del gobierno es uno de los distintivos más importantes de la visión keynesiana, presencia que era absolutamente innecesaria en la visión marginalista.

“Si existe una presunción visionaria que aleja el análisis de Keynes de todas las situaciones clásicas previas es su decidida adscripción del gobierno a un papel central en la determinación del ímpetu del mismo sistema” (HEILBRONER y MILBERG, 1998: 35).

Todo esto sitúa las preguntas más cerca de la sociedad real y a la vez más lejos de la cientificidad de la economía anterior.

En el campo analítico, el cambio más significativo es el paso de la determinación del precio individual a la demanda agregada y de la micromaximización a

“..una concepción del comportamiento que altera de un modo radical tanto los fundamentos motivacionales para la actividad económica como el producto objetivo de la misma” (HEILBRONER y MILBERG, 1998: 54-55).

Las posiciones keynesianas fueron sometidas a la elaboración de síntesis, igual que los clásicos y los neoclásicos en su momento, para construir el consenso entre los principales teóricos del momento. Esta síntesis se logró con el modelo IS/LM, que emparentaba a Keynes con Marshall, sin importar que la aceptación de tal modelo dejara por fuera uno de los principios más caros al pensamiento de aquel, como es la incertidumbre. En todo caso:

“..en los primeros años de la posguerra había aparecido una verdadera situación clásica. Los economistas habían aceptado la teoría general de Keynes de un modo que habría más que satisfecho las esperanzas del autor, aunque a expensas de un considerable debilitamiento de su poder y originalidad” (HEILBRONER y MILBERG, 1998: 67).

La situación clásica keynesiana alcanzó un reinado significativamente más corto que su antecesora. Sus signos de debilitamiento empiezan a notarse a finales de la década de los años sesenta. Algunos fenómenos nuevos, surgidos en dicha década, como es el caso de la estanflación, empezaron a mostrar baches en el aparato analítico de la teoría keynesiana. Y, a pesar de la fortaleza de su visión, esta situación clásica no resistió el embate. Al respecto dice la obra comentada:

“La conclusión que aparece con gran fuerza es la de que el enfoque keynesiano está profundamente, tal vez incluso fatalmente, dañado por un marco analítico inadecuado para su tarea, equivocado en algunas de sus secuencias causales principales, y desencaminado con respecto a la dinámica global del sistema

económico en su conjunto” (HEILBRONER y MILBERG, 1998: 77).

“Analíticamente el keynesianismo, en el mejor de los casos, es adaptable a la estanflación, pero evidentemente no la anticipa. Desde el punto de vista de la visión, sin embargo, el keynesianismo alcanza un fuerte sentido explicatorio, puesto que nos permite comprender las exigencias socioeconómicas en las que la estagflación puede llegar a dominar la escena” (HEILBRONER y MILBERG, 1998: 84).

La crisis de la situación clásica keynesiana puede ser situada a inicios de la década de los años setenta; desde ese momento, la historia del pensamiento económico no ha conocido una situación clásica nueva. En opinión de los autores, la ausencia de una nueva situación clásica obedece a la crisis de visión, reinante desde entonces.

Desde el punto de vista analítico, varias tendencias se disputan la primacía, ellas son: monetarismo, expectativas racionales, neoclásica y neokeynesianismo. Todas estas propuestas tienen puntos coincidentes. Ellas dejan de lado las propuestas “no naturales” de Keynes y regresan a los principios fundamentales, propios de finales del siglo XIX, tales como el microanálisis y el concepto de individuo, a cambio de la sociedad. Hace presencia de nuevo Róbinson Crusoe en la ciencia económica. A todas estas tendencias se les podrían dirigir las palabras de Marx, cuando hablaba de las *robinsonadas dieciochescas*.

Ninguna de las mencionadas tendencias ha podido llenar el vacío dejado por la crisis del Keynesianismo. La nueva situación clásica aún está pendiente. Los autores de la obra comentada lo plantean de la siguiente manera:

“No se ha encontrado ningún sucesor al consenso keynesiano. El monetarismo, las expectativas racionales, el neoclasicismo y la economía neokeynesiana, todos ellos han buscado proporcionar este nuevo punto de acuerdo intelectual, pero sin éxito. Por lo tanto, la característica particular más inmediatamente aparente de la época después del declive del keynesianismo es la diso-

nancia y el desorden que han sobrepasado la unidad y la estabilidad de la situación clásica precedente. ...no podemos hallar un periodo tal de prolongado desacuerdo en toda la historia del pensamiento económico” (HEILBRONER y MILBERG, 1998: 122).

LA CRISIS DE LA TEORÍA MODERNA

El talón de Aquiles de las tendencias teóricas de finales del siglo XX e inicios del XXI radica en su alejamiento de los problemas reales de la economía, para refugiarse en las alturas abstractas del análisis microeconómico. Y, por supuesto, como dicen los autores:

“..hasta que el contexto social del comportamiento económico sea reconocido abiertamente, la economía será incapaz de tener un papel útil como intérprete de las perspectivas humanas. En un tiempo ciencia en desgracia, ahora se convertirá en escolástica irrelevante” (HEILBRONER y MILBERG, 1998: 22-23).

Esto ha hecho que todo intento por crear una nueva situación clásica haya concluido en un necesario fracaso.

“...el fracaso a la hora de alcanzar una nueva situación clásica es el resultado del giro equivocado, en términos de visión, que tomó el pensamiento económico cuando se enfrentó a una encrucijada a principios de la década de los años setenta” (HEILBRONER y MILBERG, 1998: 39).

Los teóricos de la economía moderna dan la sensación de que solamente realizan esfuerzos en la dirección de perfeccionar el análisis dejando relegada la visión. No se puede negar, desde luego, los éxitos obtenidos en términos de perfeccionamiento analítico, llegando a construir edificios lógicos admirables. Como anotan los autores, en forma metafórica:

“El análisis se ha convertido, por lo tanto, en la joya de la corona de la economía. A lo que nada objetamos. El problema estriba en que el análisis se ha convertido paulatinamente en la co-

rona misma, ensombreciendo la base material en la que se engarza la joya” (HEILBRONER y MILBERG, 1998: 19).

La crisis de visión se expresa claramente en un alejamiento evidente del pensamiento económico, respecto de los asuntos sociales y políticos y de la realidad social, en sentido general. A manera de ejemplo, veamos una cita de Lucas, Premio Nobel de Economía:

“Según el punto de vista de Lucas, una persona que pierde un trabajo puede, presumiblemente, limpiar zapatos en una estación de tren o vender manzanas en una esquina. Si no hace ninguna de estas cosas, está eligiendo no hacerlo” (HEILBRONER y MILBERG, 1998: 149).

Si entendemos el trabajo como una de las mercancías, las palabras de Lucas significan que si el precio del trabajo descendiera indefinidamente, en algún momento encontraría posible su venta. Si el precio desciende a una décima o a una centésima parte, la venta puede realizarse, lo que es lo mismo, el trabajador puede conseguir empleo. Si entendemos las crisis económicas, como una situación en la cual la oferta de mercancías es mayor que la demanda, con la misma lógica se podría decir que los capitalistas voluntariamente dejan de vender sus productos, porque si los precios de éstos se bajaran a una décima, una centésima o una milésima parte seguramente en cualquier momento del descenso encontrarían comprador. Existe en los economistas modernos una doble manera de razonar, según se trate de los capitalistas o de los trabajadores. ¿No hay cierta dosis de esquizofrenia en la ciencia económica? En todo caso, esa manera de razonar justifica el sistema existente. Lucas se propone demostrar que el modelo vigente funciona perfectamente y que problemas como el desempleo no tienen lugar realmente; todo supuesto desempleado, lo es porque voluntariamente no está dispuesto a cambiar de empleo, en el ejemplo, a pasar de gerente a vendedor de frutas. Ese es un razonamiento seguramente apologético, defensor, en última instancia, del sistema capitalista.

Extrañamente, ningún economista moderno plantea en forma explícita que su ciencia estudia la economía de un sistema particular, el sistema capitalista. Un pensador alemán, ya mencionado, afirmaba en el siglo XIX que:

“Los economistas razonan de singular manera. Para ellos no hay más que dos clases de instituciones: unas artificiales y las de la burguesía son naturales. Las instituciones del feudalismo son artificiales y las de la burguesía son naturales. Aquí los economistas se parecen a los teólogos, que a su vez establecen dos clases de religiones. Toda religión extraña es pura invención humana, mientras que su propia religión es una emanación de Dios. ... De modo que hasta ahora ha habido historia, pero ahora ya no la hay” (MARX, 1970: 104).

Lo interesante del planteamiento, según el cual el sistema capitalista es el único natural, es que este sistema tiene solo quinientos años de existencia, que es uno por ciento de los cincuenta mil años que llevan los humanos en algún tipo de actividad productiva. Por supuesto que los economistas no han explicado, si solo las relaciones de producción de los últimos quinientos años son naturales, las actividades económicas de los restantes cuarenta y nueve mil quinientos años qué serían.

De otra parte, es pertinente preguntarse por qué el pensamiento económico alternativo tampoco ha mostrado una visión, que pueda llevar a una salida plausible del *impasse* moderno. Entre estas posiciones alternativas se pueden mencionar el marxismo y el institucionalismo, en su variante inicial de Thorstein Veblen y John Kenneth Galbraith; ambas escuelas cuentan con visiones claras, pero nunca han logrado posicionarse en la comunidad científica.

En el caso del marxismo, las razones obedecen fundamentalmente a dos hechos significativos. En primer lugar, a que cualquier versión del marxismo es necesariamente asociada con los hechos económicos y sociales del llamado Socialismo Real y, en segundo lugar, a que el radicalismo insoslayable de las posiciones marxistas no es de buen recibo en el mundo académico. Y en el caso del institucionalismo, referido a los dos autores mencionados, más que propuestas positivas, ofrecen posiciones críticas a la realidad existente. Y la razón de mayor peso tiene que ver con lo siguiente:

“Es básico añadir que el fracaso de cualquiera de estos enfoques alternativos a la hora de alcanzar el predominio necesario para construir una nueva situación clásica se debe en parte a la rigidez y a la organización jerárquica de la profesión económica. Quienes detectan cargos en las pocas universidades de élite tienen una cantidad de poder desproporcionado sobre salarios, publicaciones y becas de investigación incluyendo los fondos para investigación... Las principales publicaciones académicas están igualmente dominadas por artículos escritos por economistas de estas mismas escuelas. ... En el seno de una estructura de esta naturaleza, las posibilidades para un cambio básico en la dirección del pensamiento son evidentemente limitadas” (HEILBRONER y MILBERG, 1998: 132-133).

En la comprensión de Bourdieu, diríamos que el campo del pensamiento económico es bastante cerrado. Este filósofo y sociólogo francés, fallecido recientemente, planteaba, al respecto, lo siguiente:

“Digo que para comprender una producción cultural (literatura, ciencia, etc.), no basta con referirse a su contenido textual, pero tampoco con referirse al contexto social y conformarse con una puesta en relación directa del texto y el contexto. ... Mi hipótesis consiste en suponer que entre esos dos polos, muy distantes, entre los cuales se presume, un poco imprudentemente, que puede pasar la corriente, hay un universo intermedio que llamo campo literario, artístico, jurídico o científico, es decir, el universo en el que se incluyen los agentes y las instituciones que producen, reproducen o difunden el arte, la literatura o la ciencia. Ese universo es un mundo social como los demás, pero que obedece a las leyes sociales más o menos específicas” (BOURDIEU, 1994: 74).

Vale la pena decir aquí que, en el caso de Colombia, ese campo es tanto o más cerrado que en los Estados Unidos. Existe, en nuestro país, un pequeño grupo de economistas, situado en no más de cinco universidades y en las instituciones relacionadas con el gobierno central y los organismos financieros internacionales, que toma las decisiones sobre la financiación de las in-

investigaciones y la publicación de libros y revistas de circulación amplia, quienes deciden en forma inapelable sobre la verdad en materia de pensamiento económico. Cualquier planteamiento teórico, en materia de pensamiento económico, que caiga fuera de los linderos del mencionado campo, se torna sencillamente invisible.

LA ALTERNATIVA DE UNA SITUACIÓN CLÁSICA

Los autores finalizan su obra con una propuesta de visión, que pueda sacar al pensamiento económico de la actual crisis y que, eventualmente, lleve a una nueva situación clásica.

Al hacer un repaso a los contenidos de las visiones de la economía política del siglo XIX, es necesario anotar que algunos de ellos han sido superados por la historia. Si hablamos de la división en clases de los Clásicos, es indispensable anotar que la clase terrateniente ya no juega el papel que jugó en aquel tiempo y que la clase de los trabajadores ha sufrido muchas transformaciones. Si hablamos de la visión de Carlos Marx, es necesario anotar que hoy no es aceptable un planteamiento que espere un cambio fatal de un *modo de producción* a otro, basado en las leyes “naturales” de la historia.

Una nueva situación clásica, por tanto, debe atenerse a una visión y un aparato analítico correspondiente a las condiciones nuevas que plantea la economía en el mundo de hoy. La alternativa nueva propuesta por los autores descansa en los siguientes puntos:

1. Se debe reconocer que la ciencia económica funciona en un sistema de tipo capitalista y, por tanto, la visión debe contemplar las relaciones propias de dicho sistema.
2. En la economía moderna tiene presencia muy significativa el sector público, el cual se ha tornado tan importante como el sector privado. Hoy el capitalismo no es el sistema de la empresa privada, sino de los dos sectores: público y privado.
3. Por lo anterior, el Estado debe tener una presencia muy activa en la política económica. Ya no a la manera de Keynes, o de teóricos anteriores, solo para corregir los posibles errores del modelo, sino como parte constitutiva del sistema económico.

4. El tipo de análisis que corresponde a esta visión no será el que use los métodos de las ciencias naturales y se limite a los microcomponentes. Por el contrario, debe permitir el conocimiento de los problemas realmente existentes en el mundo de la economía. Debe dar razón del sector público como del privado, así como de sus interrelaciones, así como de la dialéctica entre lo macro y lo micro.
5. En definitiva, el pensamiento económico volverá a ser Economía Política, más cercano a la Sociología y a la Historia que a la Física teórica, con capacidad para recoger la herencia de pensadores universales como Platón, Carlos Marx, Sigmundo Freud, etc., además de la herencia de los matemáticos. El pensamiento económico debe acercarse de nuevo a sus hermanas, las ciencias sociales y humanas. Aquí es bueno recordar la opinión de Edgar Morin, quien opina que

“..la ciencia económica es la ciencia humana más sofisticada y más formalizada. Sin embargo, los economistas son incapaces de ponerse de acuerdo en sus predicciones, que con frecuencia son erróneas. ¿Por qué?. Porque la ciencia económica se aisló de las otras dimensiones sociales y humanas que son inseparables de ella” (MORIN, 2001: 15-16)

6. Esta nueva Economía Política, más que predictiva, desempeñará el papel de guía para la construcción social del futuro. Como dicen los autores:

“Como consecuencia, la función analítica pierde algo de su capacidad de tipo científico de depender de regularidades de comportamiento subyacentes y adopta aspectos de juicio político y social ausentes en la aplicación tradicional del comportamiento guiado por la simple maximización.

...

El desafío consiste en la exigencia ineludible de que la economía se contemple a sí misma como una disciplina más estrechamente aliada con el conocimiento impreciso de las intuiciones políticas, psicológicas que con el exacto conocimiento científico de las ciencias físicas” (HEILBRONER y MILBERG, 1998: 161).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BOURDIEU, Pierre (1994). **Los usos sociales de la ciencia**, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.

HEILBRONER, Robert y MILBERG, William (1998). **La crisis de visión en el Pensamiento Económico Moderno**. Paidós, Barcelona.

MARX, Carlos (1965). **Historia Crítica de la Teoría de la Plusvalía**. Ediciones Venceremos, La Habana.

MARX, Carlos (1970). **Miseria de la Filosofía**. Ediciones Signos, Buenos Aires.

MILL, John Stuart (1978). **Principios de Economía Política**. Fondo de Cultura Económica, México D.F.

MORIN, Edgar (2001). **La cabeza bien puesta**. Nueva Visión, Buenos Aires.

SCHUMPETER Joseph A (1975). **Historia del análisis económico**. Fondo de Cultura Económica, México D.F.

SMITH, Adam (1985). **La riqueza de las naciones**. En: BIBLIOTECA DE ECONOMÍA, Orbis, Barcelona.